9xg 16 FA. Fol 005.196

ESPAÑA TRIUNFANTE

Y DESENGAÑO

Á LOS ESPAÑOLES

QUE IGNORAN LA HISTORIA

DE LAS INIQUIDADES, ENGAÑOS, TRAICIONES, FALSEDADES Y MALA FE, CON QUE SE HAN PORTADO LOS FRANCESES, MAS HA DE DOSCIENTOS AÑOS, CON LOS ESPAÑOLES Y DEMAS PRÍNCIPES DE LA EUROPA CON CAPA DE AMISTAD, BUENA FE, ALIANZA, CAROS AMIGOS, &c.

VALENCIA:
POR LA VIUDA DE MARTIN PERIS.
AÑO 1809.

ESPAÑA TRIUNFANTE

Y DESENGAÑO

Á LOS ESPAÑOLES

QUE IGNORAN LA HISTORIA

DE LAS INFIDELIDADES, ENGAÑOS, TRAICIONES, FALSEDADES Y MALA FE, CON QUE SE HAN PORTADO LOS FRANCESES, MAS HA DE DOSCIENTOS AÑOS, CON LOS ESPAÑOLES Y DEMAS PRINCIPES DE LA EUROPA CON CAPA DE AMISTAD, BUENA FE, ALIANZA, CARGOS AMIGOS, &c.

VALENCIA:
POR LA VIUDA DE MARTIN PARIS.
AÑO 1809.

§. I.

¡Hay cosa mas graciosa! Con que la pobre España.... ¿pobre dixe? ¡O qué disparate! Miento, miento y lo digo con toda la boca: y de la misma manera se lo diria á sus barbas á cierto escritor extrangero, que sin mas conòcimiento de la España que una negra tintura que tomó de los viageros de su nacion, lo afirma así en sus papelotes. Miento digo tercera vez; pues jamás he visto ni he oido en España, como lo he leido de la mas famosa Corte de la Europa, cantar el *Te Deum laudamus* en accion de gracias al Todo-Poderoso, porque se dignó concederla el especialísimo favor de que ningun pobre muriese en ella de hambre en todo

un año; prueba de que en todos los demás habian muerto muchos. Miento, digo quarta vez, porque España no solo no es pobre, sino que es muy rica en todo.

Es rica en talentos, pues yo no soy el único que creerá que en cierta reparticion de talentos la tocaron cinco. Es rica en ingenios, tan antiguos y aun muchísimo mas que el artificio de Juanelo. Es rica en alcances, como lo toqué yo estando ocupado en un negocio grave y de empeño en la Colegiata de la Villa de Roa de Duero, y el Abate Isla siendo morador de Pamplona. Es rica en nobleza, en generosidad y galantería, como lo confiesan todos quantos la miran con los ojos de la ingenuidad. Es rica en riquezas, como lo dirian los cartagineses, los romanos, los moros, &c. si pudieran volver á entrar el pie en sus dominios: y es rica y riquísima finalmente en Ricos-homes, como á pesar de algunas bocas fruncidas lo hace ver Castilla.

Semejante á este falso testimonio, con que nos regalan á manos llenas algunos extrangeros; y con alusion á la pobreza supuesta de España; oí otro en cierta ocasion que pasó entre dos mozas de cántaro. Una de ellas, feísima en extremo, sobre quien habia llegado primero á la fuente para no interrumpir el turno, tuvo sus palabras con la otra, que no lo era tanto, ni con mucho, y la injurió á su parecer descargando sobre ella una molesta repeticion de fea, fea. La otra, que en verdad no lo era, aunque tampoco diré que fuese una Venus, la tomó la palabra, y con la mayor frescura, recibida sin duda de los vapores del agua, se supo sacudir de aquella garrapata con la coplilla siguiente.

Tú me dices que soy fea:
Yo te digo, la verdad:
¿Me lo dices por burlarte,
O por que eres mucho mas?

Apliquen este cuentecito los señores franceses; porque yo estoy un poco de prisa.

Pues como iba diciendo: ¡hay cosa mas graciosa! ¿Con que la pobre España (pase por esta vez, pero con la protesta de que he mentido cinco veces) ha de ser la abatida, la ultrajada, la vilipendiada, y no solo de los franceses, sino tambien de los mismos españoles? Vaya, vaya que no puede ser: y si es así, ciertamente ya se la puede considerar como incurable, y llevarla al hospital de este nombre. Pero sea lo que fuere.

Rica España, bella España,
No te aflixas, no te espantes,
Que pues te tiran tirones,
Es señal que mucho vales.

En efecto es así: y todos los que tengan alguna tintura, por poca que sea, de la historia de España confesarán esta verdad. En prueba de ella diré quatro palabras, para que vean

los que la ignoran las repetidas y las inumerables invasiones y embestidas que han hecho contra ella varias naciones, para aprovecharse de la fertilidad de su suelo, de sus riquezas y de su abundancia.

§. II.

Este parrafito se dirige principalmente á las señoras mugeres, y hablará tambien con la juventud de los hombres poco instruidos en la historia de España. Y digo principalmente á las mugeres, porque en la época presente están y han estado tan electrizadas con las circunstancias y casos sucedidos con nuestros aliados y amigos los franceses, que es para alabar á Dios el ver que no estando obligadas á ello por su sexó, estado y condicion, se explican con tanta gracia, con tanta dulzura y conocimiento, prueba de que tienen talento para todo; que es un gusto oirlas hablar de rebellines, fosos, contrafosos, em-

palizadas, minas, mechas, cañones de á doce, de á diez y seis, de á veinte y quatro, de á treinta y seis, de balas roxas, morteros, bombas, granadas, camisas breadas, flogisto, &c. con tanto acierto y con tanto interés como los hombres: y esto no solo las señoras de clase, sino tambien las de órden inferior, que no están instruidas como las primeras.

Y para que aquellas queden enteradas de que la España abunda en riquezas y tesoros, y sepan responder á nuestros aliados y amigos los franceses, si acaso vuelven otra vez (que no volverán pues se les ha cascado muy bien las liendres) comenzaré por los cartagineses, haciendo un brevísimo compendio desde la entrada de estos hasta la expulsion de los moros y judíos, en el que verán las varias naciones que han entrado en España atraidas de su fertilidad, de sus riquezas y abundancia, y no de su pobreza.

Quando ésta se hallaba felíz y libre de la tiranía, que todavía no habia conocido; quando los españoles estaban contentísimos y gloriosos gobernándose por sus leyes propias, gozando de una tranquilidad tan envidiable, que se puede decir que cada uno dormia seguro debaxo de su higuera; y en fin quando disfrutaba de la fertilidad y riqueza de un suelo, que tantas naciones deseaban con ansia; noticiosos los cartagineses de la felicidad de esta península; arribaron á ella con el especioso pretexto de comerciantes. Engañados los españoles, y teniendo por ventajoso un comercio que en verdad era fingido, les permitieron la entrada por la costa de la Andalucía y Granada, en donde se establecieron, y en donde tambien en vez de fabricar almacenes y casas, como lo habian pedido, edificaron fortalezas, para hacerse fuertes segun eran sus ideas y designios. A continuacion de su meditado proyecto, siete años des-

pues, dexando el trage de amigos y de comerciantes, manifestaron su traicion y se presentaron en Cádiz como conquistadores con una esquadra de sesenta navíos y treinta mil hombres de desembarco; y executado éste se fueron apoderando poco á poco de la España. Caso raro y hermano carnal de lo que ha pasado al presente con nuestros caros amigos y aliados los franceses. Pero de esto se hablará mas adelante.

Envidiosos los romanos de la suerte tan felíz con que se iban enriqueciendo los cartagineses en España, la enviaron varios emisarios para que con disimulo se informasen del ánimo y del estado de los españoles: y sabiendo el disgusto que tenian con una opresion tan impensada y violenta, avisaron á Roma, y ésta desde luego envió un exército para sostener á los españoles, y confirmar la alianza que habian hecho con dichos emisarios, y á poco tiempo declararon la guerra los romanos á los cartagine-

ses, y los desalojaron de España.

Confiados los romanos en su exército, y satisfechos de su ardimiento y valor; quando creían gozar con tranquilidad la posesion de España y de sus riquezas; cansada ésta de sufrir otro yugo mas pesado, y otra esclavitud mas cruel; pelearon con tanto espíritu y valor los españoles, que al fin sacudieron el yugo. Mas adelante con el mismo fin y con la misma ambicion que los dichos se extendieron tambien por España los suevos, los alanos, los vándalos, los godos y los visogodos orientales. Baste esto para convencer á nuestros contrarios de las riquezas y abundancia de nuestra España, y para que puedan tener alguna tintura de ella los que, ó por sus pocos años, ó porque por su estado y profesion no están aun obligados á saberlo, no han podido imponerse en su historia; dexando por no ser molesto la expulsion de los moros y judíos de España en tiempo del Rey Felipe III, por-

que á estos se les expelió precisamente por la Religion y por la Fe.

§. III.

A continuacion pues de nuestro proyecto, España, la gloriosa España ha tenido siempre, tiene ahora y tendrá eternamente y en todas las edades hombres grandes que la ilustren, como á las demás naciones, en armas, artes y ciencias; porque al fin sabido es que éstas en ninguna provincia ni reyno del mundo están atadas, sino muy libres para correrlo todo: que ha tenido y tendrá siempre riquezas, tesoros, fertilidad y abundancia: que siempre será envidiada de todas las naciones, y que ni el mismo infierno prevalecerá contra ella, por mas que intenten arruinarla no solo los reynos extrangeros, sino tambien los mismos españoles. En esta suposicion que es cierta y certísima ¿qué diremos de los franceses? (Con estudio los he colocado los úl-

timos, porque para mí nunca estarán en otro predicamento). ¿Qué diremos de sus proyectos, de sus ideas y de sus máximas? ¿qué diremos de su ambicioso Emperador Napoleon, monstruo de iniquidad, y enemigo de todo el género humano? ¿Y qué diremos finalmente de los españoles, de aquellos engañados y preocupados españoles que sin reflexion ni miramiento á su patria, ó teniéndose acaso por extrangeros en ella, la han abandonado? En efecto ellos se han olvidado (cosa, que si no se hubiera visto, la tendriamos por increible), que han salido de su vientre, que se han alimentado á sus pechos, que se han fomentado en su dulcísimo regazo, que los ha hecho hombres; y no como quiera hombres como á mí y á qualquiera otro pelete, que parece que nos ha parido en la tierra del olvido, sino hombres de corte, hombres de honor, hombres de mérito, &c.

Yo creía, amada España mia,

que siendo el nombre de *español* y de *hombre de bien* una cosa misma, iríamos todos contestes y uniformes. Pero no, no: me engañé, y todos los buenos españoles quedaron engañados. Un traidor español entregó á los franceses las plazas de Pamplona y de Barcelona: él mismo facilitó que entrase en España un exército frances numeroso y formidable con capa de amistad y de alianza, y era un lobo carnívoro que venia vestido con piel de oveja: y en fin, él mismo se empeñó en que habia de perder el reyno todo: mas al cabo no pudo conseguirlo, pues quando iba á dar la última mano á su delito criminal se descubrió la trama, y cayó el vil traidor en el garlito. Este dia, dia el mas felíz que ha tenido la España; dia en que el sitio de Aranjuez y la corte de Madrid rebosaban de gozo y de alegría; dia en que solo se oía por las calles: *viva el Rey, y muera el traidor y el choricero*; dia en que cayó un hombre tan detestable que solo

le puede igualar un Napoleon; un valido sin talento y sin costumbres, ó por mejor decir de costumbres corrompidas; un valido de un estúpido Monarca, que disponia á su arbitrio de los destinos de los hombres: dia en fin 19. de Marzo, dedicado al glorioso Patriarca San Jeseph, que compadecido de las miserias y trabajos que padecian sus devotos españoles baxo el yugo de un opresor infame á quien sufrieron con paciencia por mas de veinte años; intercedió con el Todo-Poderoso, y quedamos libres de su rigor y tiranía; este dia, digo, que llenó de regocijo á la Corte y á todos los pueblos de España, estaba ya á las puertas de Madrid el peluquero Murat con su exército de mas de setenta mil hombres. Noticioso de lo que ocurria se volvió con toda la gente á un pueblo llamado San Agustin, creyendo y temiendo alguna invasion contra él. Esta fue una prueba de la mala fe con que venia, y la

que abrió los ojos á los buenos españoles que ya sospecharon de su retirada, y de sus intenciones depravadas. Al cabo de tres dias entró con su exército en la Corte, en donde se le obsequió con la mas profusa hospitalidad, y se les recibió como amigos y aliados.

Con el especioso pretesto de que era Madrid corto recinto para tan grande exército, algunos dias despues dispuso su campamento fuera de la Corte con todos los cañones y demás armas de guerra abocado todo á Madrid. Segunda prueba que aseguró á los buenos españoles de la verdad de su sospecha. Toda la Corte, las Ciudades y pueblos de España, y aun de toda la Europa, saben muy bien las atrocidades que un solo español ha hecho y causado á su patria: pues quando los ancianos refieran á sus hijos y nietos, sus infamias y vilezas: quando oigan que un Grande de España, un Consejero de Estado,

un Duque de Alcudia, un Señor de la Albufera de Valencia y Soto de Roma, un Regidor perpetuo de muchas Ciudades y pueblos de España, un Príncipe de la Paz, un Almirante de mar y tierra, y finalmente un guitarrista y un choricero de Badajoz (y aquí la gente sencilla, y como solemos decir, gente del campo, parará la consideracion, creyendo sin duda que estos títulos ó dictados querrán decir: mas que Papa, mas que Emperador y mas que Rey), ha cometido tantas iniquidades, ha sido un tirano cruel contra su madre, que ha intentado arruinarla y asolarla; ¿no preguntarán los hijos á su padre, y los nietos á su abuelo, es este algun hombre que haya nacido de algun monstruo de la Libia? ¿Es hijo de alguna fiera, y no como quiera fiera, sino de aquella fiera ó de alguna hermana suya, de la que nos habeis referido alguna vez que apareció en Francia desolando sus pueblos y lugares? No, hijos mios; no, amables nietos, es hijo de una muger

española, pero tan desgraciada, que ya pronosticó desde su niñez, á vista de un corazon tan pérfido, de un corazon de fiera, de un monstruo de abominacion y de maldades, y de una ambicion tan desmesurada; que no habia nacido hasta entonces un hombre mas detestable que él, si se exceptúa á Napoleon.

Este hombre pues, cifra, epílogo y compendio de las mayores atrocidades, persuadió al Emperador que le sacase de la prision en que estaba, que nos arrebatase á todos los Borbones, que enviase á España un exército: que con éste se haría dueño absoluto de ella; porque hallándose incapaz de defenderse, pues ni tenia tropa, ni municiones, ni fusiles, ni generales, ni dinero, ni nada, con solo presentarse el exército, ya estaba tomada. Entró pues el exército de Napoleon á las órdenes del General Murat; y parece que entraron con ellos setenta mil máquinas infernales, no por el ardimiento y valor de la

tropa, ni por la táctica de su General, sino por sus trampas, enredos, mentiras, terror, seduccion, tiranía, y detestables iniquidades, tanto mas horrorosas quanto mas inocentes estaban los vecinos de esta Corte y de toda la España, creyendo que recibian como caros amigos y aliados, unos hombres que venian de paso y de paz, con el único fin de asegurar los puertos contra el inglés; como con anuencia del Momarca, lo anunciaban las gazetas y diarios del mes de Octubre y siguientes del año pasado y del presente, prometiéndonos felicidad y abundancia, de lo que carecimos por mas de veinte años. Fiel y crédula la nacion española por el pronto, aunque incrédula siempre y desconfiada de la francesa; tuvo lugar Murat de hacer sus divisiones por la España vociferando *felicidad y proteccion*, quando en vez de éstas iba sembrando por todas las ciudades y pueblos orugas y langostas. Marchaban éstas, sean lan-

gostas, ó sean divisiones talando y desolando pueblos, villas y ciudades y quanto se les ponia por delante, en agradecimiento de que los admitian como amigos, y se les asistia con lo que necesitaban. Continuaban su marcha hasta las capitales de sus respectivas provincias, y entonces nuestros buenos amigos y aliados se formaban en batalla; y sin mas declaracion de guerra que la suya, lo atropellaban todo con violencia fiados en sus fusiles, bayonetas y cañones. Los vecinos que se creian quietos y tranquilos en sus casas, que ignoraban una guerra tan repentina y tan sangrienta, y que como decian sus diarios, no tenian armas, municiones, generales ni dinero, salian al encuentro, y al primer ímpetu de los irritados y zelosos españoles, derrotaban las divisiones, y acababan con sus Generales y soldados, quedando el campo por nosotros lleno de muertos y de heridos, y los que no, huían precipitados con una fuga vergonzo-

sa, y con las manos en la cabeza. Esperábamos todos las resultas explicadas en los diarios; pero el diarista francés, diftongo de francés y español, que huyó de España por sus virtudes y milagros, referia la accion tan infiel y tan confusamente, que ni él se entendia ni le entendiamos nosotros: y para salir con sus enredos, embustes y mentiras decidia por su propia autoridad que los insurgentes, los rebeldes, los bandidos y sediciosos se habian visto precisados á retirarse á sus hogares, con lo que habia quedado todo en la mayor quietud y tranquilidad.

Al leer los buenos españoles, los ingenuos y sabios españoles las noticias de un diarista, el mas miserable de todos los escritores, se irritaban mas y mas y cobraban nuevos alientos para qualquiera empresa. Pero lo mas gracioso eran las preguntas que se hacian los españoles entre sí. Ven acá tú, rebelde, decia uno ¿por qué te has defendido? Y tú, insurgen-

te, respondia el otro, ¿por qué te has retirado? Peor lo hizo fulano, respondia otro, que como era un sedicioso, al primer cañonazo que oyó tomó las de villadiego. Poco á poco, caballeros, dixo un quarto que se acercó á ellos: esos dictados tan detestables, esos términos tan viles, con que pretenden denigrar los franceses á los españoles, solo se pueden sufrir como dichos irónicamente ó aplicados á nuestros enemigos encubiertos: porque hablando con verdad, ¿habrá nacion tan bárbara en el mundo, que si la embisten y acometen los enemigos se dexe asesinar, robar y saquear sin defenderse? ¿Y si, al contrario, esta misma nacion se defiende, pelea con ardimiento y valor, y acaba con todos ellos, merecerá que la trate el enemigo con tanto atrevimiento y audacia, que la llama insurgente, sediciosa, bandida y rebelde? Si un ladron viene á robar mi casa, y acaso á quitarme la vida, ¿quién será el insurgente si no puede lograrlo, ni

aun quando lo consiga?

Confieso ingenuamente que como ya soy viejo, y me ha abandonado aquel furor de escribir que tenia quando mozo; á la verdad me voy cansando: pero siendo preciso llenar el título de este papel en la parte que falta, descansaré un rato, y descansará el que tenga la paciencia de leer este pesado y molesto escrito. Entre tanto allá van estos versos, que se hicieron y se imprimieron treinta años ha contra los señores franceses aunque sobre otro asunto.

El mastin soñando.

Un alano famoso y arrogante
luchó con un mastin tremendamente:
al fin éste quedó tan fatigado
y con tantas heridas, que al instante
se retiró á su casa, como dicen,
con el rabo entre piernas, pensativo
y cascadas las liendres lindamente.

Tendióse en un pajizo, que servia
solo para su sueño y su descanso.
Durmióse; y figurándose que estaba
segunda vez metido en la pelea,

insultaba al alano con llamarle
hotentote, bandido, cruel, fiero,
bárbaro, atroz, salvage, con mil cosas
que allá en su fantasía se fingia.

Estaba el buen mastin sudando sangre
en fuerza de su cólera; mas viendo
que no pudo triunfar de su enemigo,
se contentó con repetir los nombres
de tirano, cruel, bárbaro, *et cetera.*

Esto es lo que ha pasado en estos dias
entre los españoles y franceses.
Dicen estos que somos insurgentes,
rebeldes, sediciosos y bandidos:
pero si he de decir lo que yo siento;
son mastines dormidos y azotados:
despertarán de su profundo sueño,
y luego que se vean destrozados
dirán como espantados y vencidos,
nosotros sí que somos los bandidos.

§. IV.

Si el pérfido Napoleon hubiera tenido vergüenza, que ni siquera la conoce, ni sabe tampoco si hay esta expresion ó vocablo en los idiómas

del mundo; si hubiera tenido honor cosa que no le pertenece, porque nació sin él, si el barbero Murat hubiera sabido de historia como sabia de navajas; ¿hubiera el primero enviado un exército de doscientos mil hombres á España con una intencion tan depravada, y solo digna del exterminador de la Europa, y el segundo comandando, como General una tropa que venia á ser sacrificada? Si los dos hubieran sabido que venian á pelear, sin declaracion de guerra, con unos españoles que no son hombres, sino fieras, no son hombres, sino leones, ¿hubieran creido que estos, á quienes encontraron desarmados y desprevenidos, y que jamás muchos de ellos habrian disparado en su vida una escopeta, habrian de haber derrotado en poco tiempo á los exércitos mas aguerridos, en su opinion, y mas formidables de la Europa? Pues ello ha sido así, que no ha quedado títere con cabeza, y todos estos que infundian y se preciaban de ser el terror del mundo, han quedado entera-

mente descalabrados y deshechos con oprobio y confusion de estos dos grandes héroes, que son en el dia la piedra del escándalo de todo el universo.

Referir por menor las atrocidades que ha cometido esta tropa infernal en esta Corte y en todo el Reyno, sería una molestia y una cosa que con horror y con abominacion ha escandalizado á la España, y ha dado pie á las demás de la Europa para aborrecerla y despreciarla, pero yo no puedo callar la paciencia y sufrimiento de los vecinos de Madrid á vista de las atrocidades del tirano Murat. Conociendo muy bien estos mismos vecinos que el empeño de arrebatarnos de las manos despues de nuestro amado FERNANDO al Infante Don Francisco y al Infante Don Antonio que le acompañaba hasta tomar el coche, y nada mas, habia de tener muy malas conseqüencias; se opusieron á su salida el dia dos de Mayo, sin otras armas que las que llevaba cada par-

ticular ó por costumbre, ó bieu para su uso. Con este motivo se armó una revolucion tan rerrible, que queriendo los franceses de Murat salir á la defensa, consiguieron la marcha de Francisco, pero la pagaron tan cara que murieron de ellos mas de cinco mil hombres, quando de los nuestros no llegaron á doscientos. Irritado el gran Murat con esta pérdida, empezó á tomar unas disposiciones, que sin advertirlo llenó de gloria á los vecinos de Madrid, y él quedó hecho el oprobio y desprecio de toda la nacion y de todos los Reynos extrangeros.

En la misma mañana del dia dos resolvieron salir algunos Señores de la Junta y otros caballeros condecorados y de circunstancias relevantes á sosegar y aquietar el pueblo de Madrid, lo que se logró con tal felicidad que al instante obedecieron todos, y se retiraron á sus casas con la mayor quietud; pero estuvieron tan obstinados los franceses, que llevados de una

rabia ferina y sin atender á que todo estaba sosegado y tranquilo; á quantos encontraron en aquella misma tarde y el dia despues, con qualquiera arma blanca, y aun quando fuese una mala navaja de picar tabaco, unas tixeras, un cortaplumas, &c. armados dos ó tres soldados franceses los conducian al paseo del prado, ó al retiro, y allí los pasaban por las armas.

Qualquiera extrañará que haya salido yo ahora con estas once de oveja; pero con estudio lo he referido aquí, y lo he traido á la memoria de todos, lo primero porque como soy español de todo corazon y de alma, sé muy bien que la mayor y mejor parte de mis compatriotas son lo mismo, y cada vez que leen estas y semejantes atrocidades francesas se irritan de manera que en lugar de acobardarse, cobran nuevo ardor y ardimiento para despreciarlas y embestirlas. Lo segundo, porque como ahora se me ha renovado la confusion, la re-

volucion, el motin y el tumulto, que hubo dicho dia en la Corte con la marcha del Infante Don Francisco; se me ha desordenado la cabeza, y es preciso darla algun descanso, como tambien al que me lea, si acaso le ha sucedido lo mismo. Divertiremos todos este rato con los versos siguientes.

§. V.

Mientras un coro religioso oraba;
en un rincon del coro se ocultaba
un loco muy compuesto y silencioso,
á imitacion del coro religioso.
Llegada ya la hora
de entonar los maitenes, con sonora,
dulce voz el Abad empezó el canto.
Prosiguen coro y órgano con tanto
estrépito ruidoso,
que el loco ya alterado, ya furioso,
encaminó sus pasos á la silla
del padre Abad, le asió de la travilla
del manto, habló entre dientes, le maldixo,
un bofeton le dió, y así le dixo:

¿Si tú hubieras callado,
se hubiera acaso el coro alborotado?

Estábamos los españoles con la mayor paciencia y sufrimiento, sin apartar jamás el dedo de la boca, sufriendo mas de veinte años tantos palos como burro de yesero: y quando con la caida del Neron de las Españas, del ambicioso y detestable valido de aquel tiempo, empezábamos á respirar, libres ya de la tiranía y opresion y dando gracias al Todo-Poderoso por haber llegado la hora de su misericordia; ete aquí que entra la ferocidad francesa por las puertas de Madrid como Pedro por su casa. ¡Qué trastorno no causó esta pérfida tropa! ¡qué confusion! ¡qué desórden! Todo se nos hacia poco para obsequiar á nuestros íntimos amigos. Los grandes de España dexaban sus palacios, los Conventos su retiro, los títulos, caballeros y potentados, su regalo y conveniencias, sentándoles á todos los Generales y Oficiales á su mesa y atropellándolo todo, franqueando quan-

to necesitaban y pedian, para que el exército de Napoleon estuviese bien servido. En medio de nuestro gozo y alegria descubierta la malicia, la traicion y la trama de nuestros aliados los franceses, conmovida y alterada la España con una vileza tan exêcrable, descargó este leon furioso sobre el exército de Napoleon un bofeton tan terrible y tan ruidoso, que resonó por los rincones mas secretos de la Europa, y acabó con la tropa escandalosa de los corazeros, de las legiones de honor, y demás cáfila de soldados, mamelucos y guardias imperiales, que hacian temblar á todo el universo, segun decian las gazetas artificiosas y embusteras de Francia.

Y ahora quisiera yo preguntar á Napoleon, monstruo que vomitó el infierno; dime, detestable oprobio de la humanidad, ¿á qué has venido á España en la persona de tu cuñado, el barbéro Murat, ó Muladar? Has venido mas que á recibir un bofeton,

cuyo dolor te será mas sensible que las penas del infierno que te espera? No te hubiera sido mejor haberte estado quieto, tranquilo y sosegado entre los tuyos, esto es; entre los franceses, que venir á alborotar la España? ¿pensabas tú, Napoleon, ó Napoladron, como te llaman los ciegos que venden las gazetas y papeles, que esta Corte, y todos los habitantes de la España eran acaso como las tortugas ó galápagos de tus corazeros? Vuelve pues eu tí, Napoladron, vuelve en tí, y procura conservar tu imperio usurpado: acaricia, lisongea á tus franceses que confrontan con tu genio. Tú no dices palabra de verdad; ellos lo mismo: tú juras hoy cumplir una palabra, y mañana, si ya no es al instante, rompes el juramento; ellos hacen lo mismo, segun aquella ley del tiempo de la revolucion, que dice así.

obligation de prêter le serment en entrant à l' Assemblée nationale.

D' abord il faudra que l'on jure
Dès que l'on sera sénatèur,
Pour s'accoutumer au parjure,
Car le parjure est en honneur.

Y en Castellano.

Desde luego jurará
El que ha de entrar Senador,
Para hacerse á perjurar;
Porque el perjurio hace honor,

Tú asesinas y robas con buena fe y alianza ; ellos se conforman contigo. Yo conozco y he penetrado tus ideas. Has pasado muchos años en discurrir cómo te podrias hacer Emperador de la Europa. Con este fin tratabas y contratabas con las naciones de esta parte del mundo, informándote de sus usos y costumbres, y haciéndote moro con el moro, judío con el

judío, &c. siguiendo la opinion de tu íntimo y apasionado Voltaire. Tropezaste al cabo con los franceses; y como estos son como tú, esto es: aves de rapiña, hombres ligeros, inconstantes y voltarios, hombres corrompidos, sin fe, sin ley y sin religion; hombres regicidas, libertinos, insolentes; hombres en fin sin palabra y sin honor, quadraron tanto con tus costumbres tan iníquas y perdidas, que como cada uno busca á su semejante, los hallaste acomodados á tu genio, y ellos entraron gustosos luego que conocieron el tuyo. Pero como tú eres tan bueno, tan piadoso y tan católico, apostólico, romano, te aconsejo que no te fies de ellos; porque á un volver de cabeza, en fuerza de las heróycas y esclarecidas virtudes con que te pintaba el traidor Diarista de Madrid, te llevarán á la guillotina, y me parece que no se tardará mucho tiempo. Y para que veas que todo lo dicho es verdad, lee lo que han hecho los franceses de doscientos

años á esta parte con los Príncipes de la Europa; en la inteligencia de que quanto voy á decir sobre este particular está impreso en las historias, y está escrito por los mismos franceses; con que no se me puede tener por sospechoso. Pero primero ten presente las atrocidades con que nos han regalado, antes que aquella bestia bien conocida te arrojase al mundo, y despues que has venido á éste; y con las que nos han hecho por mar y tierra, y al presente en esta Corte y en todo el Reyno de España. Acuérdate de que pocos dias ha embistieron á Hamburgo tus tropas, y que fue tan cruel el saqueo, que dexaron sin cama hasta los mas pobres. Y tú particularmente no te olvides de la toma de Mántua, á quien no pudiendo con tus franceses apoderarte de ella con las trampas y las balas de hierro, te valiste torpemente de las de oro: y por señas que entonces, en fuerza de una conquista tan gloriosa, un poeta italiano lo descubrió con el verso siguiente.

Gallia , vicisti profuso túrpiter auro.
Que en Castellano puede decir así:
Venciste , Francia , á fuerza de dinero-
Torpeza vil de un héroe tan guerrero.

§. VI.

Comenzando pues á referir las hazañas gloriosas, y heróycos hechos en que se han distinguido y señalado los franceses con los Príncipes de la Europa; Flandes se acuerda todavía, y creo que no lo olvidará jamás, de la fe que guardaron á sus Estados, quando Felipe el Hermoso quiso estorbar que el Conde se casase con la hija del Rey de Inglaterra, convidándola á que pasase á Francia para recrearse y divertirse. La diversion que tuvo esta infeliz Princesa fue prenderla, degollar á todas sus damas y tirarlas al rio; ahorcar á todos sus caballeros, y asaltar con un poderoso exército su Estado. Como los franceses hallaron una valerosa resisten-

cia, se hicieron treguas por dos años. Entonces Valerio, hermano del Rey, persuadió al Conde Guido que pasase á Francia para hacer la paz. Fióse el incauto flamenco, y apenas entró con dos hijos en el Reyno, los prendió con setenta y dos caballeros de los mas principales de su Estado, y los tuvo por espacio de ocho años bastantemente presos.

En la Decretal de Gregorio se refiere, que los Reyes de Francia y de Inglaterra, despues de muchas discordias que tuvieron sobre cierto Condado, hicieron un ajuste, que juraron los dos solemnemente; pero al volver la espalda el Agente inglés, se apoderó el frances, á fuerza de armas, del Condado, originándose de esto, como dicen las historias, muchos daños.

Juró Luis undécimo, Rey de Francia, restituir al Duque de Borgoña Amiens y Sanquintin; pero siguiendo su máxima política de que *por qualquiera accidente que sea, no obligan*

las palabras á los Reyes, faltó al juramento, porque murió el Duque de Guiena; á quien lo habia ofrecido por temor. Así lo dice Comines, historiador francés.

El mismo Luis undécimo, quando vió muerto infelizmente en la batalla de Nanci al Duque de Borgoña Carlos el bravo, rompió contra el derecho de gentes la tregua jurada, para cuyo cumplimiento faltaban aun siete años (1). Valido de esta ocasion usurpó muchas ciudades á su hija, que quedó sola y huérfana en su Estado, olvidando Luis ingratamente el hospedage real que le dieron por espacio de seis años, quando huyó de su padre. Desagradó tanto este hecho á Comines, que con ser francés le afeó sobremanera (2). Otras muchas veces ha engañado á la Borgoña; porque como dice el mismo historiador, Luis undécimo rompió contra el ju-

(1) Comines, lib. 5. cap. 10.
(2) Id. lib. 1. cap. 12.

ramento que habia prestado, la paz que hizo delante de París; como tambien la Perona, tomando dos ciudades contra lo pactado y firmado. Tenia Enrique quinto, Rey de Inglaterra, sitiada la ciudad de Ruan que estaba sujeta al dominio del Duque de Borgoña, el qual se hallaba con su exército á vista de la plaza para introducirla socorro; y deseando facilitarlo mejor, se quiso asegurar de Carlos Séptimo, Rey de Francia. Para esto se trató que se veria con él en cierto parage, en donde se hizo un puente dividido por en medio; pero con tal disposicion que se pudiese pasar al otro lado. Concurrieron estos Príncipes al puente; trataron sus negocios; y queriendo el Duque pasar á la otra parte, para agasajar al Rey, con tres caballeros que le acompañaban, los desquartizaron á todos, de lo que se siguieron infinitos males (1).

(1) Comines, lib. 1. cap. 9.

Italia ha experimentado muchas veces los engaños de Francia y la poca seguridad en sus palabras. Pasó Cárlos octavo á ella: llegó á Turín, en donde le hospedó magníficamente Blanca, viuda del Duque Cárlos, y en agradecimiento del hospedage, la pidió las joyas y las empeñó. Lo mismo hizo en Casal con la Marquesa de Monferrato, viuda de Guillermo, que le hospedó y trató como quien era, y en recompensa del agasajo tomó y empeñó todas sus joyas. Guardó el mismo Rey tan fiel correspondencia con Ludovico Sforcia, que obligó al Duque de Orleans á que alegase el derecho que no tenia sobre el Estado de Milán; y reduxo á tal desesperacion á Ludovico, que instigado de su infidelidad se apartó de la amistad de los franceses.

§. VII.

El Estado de Milán jamás olvidará los engaños con que han burlado

los franceses á sus Duques. Luis duodécimo y Cárlos octavo engañaron á Ludovico Sforcia y á su hijo, pidiéndosele amigablemente á su madre. Esta condescendió imprudentemente, y enviándole á Francia, le hizo Religioso por fuerza con el fin de inhabilitarle para la sucesion de aquel Estado.

Mántua llorará siempre la mala fe y poca seguridad de los franceses; y su Duque Cárlos de Nivers compró tan caro el haber nacido en Francia, que dixo de él un autor italiano: quien le defiende es el que le desnuda, y el que le pone en estado de esclavitud, le persuade que está defendiendo sus Estados. Si esta es proteccion, dice el mismo italiano, ¿ qué llamarán en París usurpacion?

Eternamente quedará grabada en la memoria de los siglos la iniquidad y falsedad de los franceses, con lo que hicieron con el Rey católico en Casal, en donde se pactó, que se restituyese el Estado al Duque de Mán-

tua, poniendo en sus plazas su respectiva guarnicion, y retirándose los exércitos. Hízolo así el de España, que á la verdad hubiera sido mucho mejor no haberlo hecho; y los franceses hicieron todo lo contrario, pues metieron tres regimientos en Casal, dando por disculpa, reconviniéndoles con el juramento, *que habian jurado salir de la plaza; pero que no juraron no volver á ella.* ¿Se puede oir, prosigue el mismo autor, mayor quebrantamiento de palabras? ¿y querrán despues que se fien de los franceses nuestros Príncipes, y que les metamos en nuestras casas?

Habiendo jurado Francia en un tratado que se hizo en Chierasco de restituir una plaza al Duque de Saboya, y España volviese otras al de Mántua; cumplió España su palabra, pero Francia la compró con alevosa cautela, haciendo tratados contrarios con apariencias vergonzosas.

Todavía dieron los franceses en la

Valtelina pruebas mayores de su natural poco seguro y de su infidelidad, pues en un suceso que ocurrió por entonces, no solo engañaron al Rey católico, sino que perdieron el respeto al Papa Urbano octavo. El suceso fue sobre un depósito que se habia de hacer en su Santidad de unas plazas. Ajustóse todo con la formalidad del juramento, y con su escritura correspondiente, celebrada entre el Nuncio del Papa, el Conde Duque y el Embaxador de Francia. ¿Quién podrá creer que interpuestos estos tratados con la solemnidad del juramento no estaban seguros, sin embargo de estar depositadas las plazas en la autoridad del sumo Pontífice? Pues ello fue así: se entendió en Roma y se supo que Francia queria ocuparlas. El Papa exôrtó al Rey christianísimo y á sus ministros que no hiciesen tanto agravio á su autoridad con una invasion, que tenia tan mal semblante. El Nuncio de Francia representó al Rey la fealdad de esta resolucion; y

respondió *que siempre seria hijo de la Iglesia y de su Santidad*; pero sin embargo de estas diligencias, y de otras muchas que se hicieron, quejándose al Rey del desayre que se hacia al Papa, y de la ofensa que se cometia contra la Iglesia; las armas francesas ocuparon la Valtelina, quitándola con violencia de las manos mas sagradas.

La generosidad de la casa de Austria ha dado ocasion tantas veces á la infidelidad y á los engaños de Francia, que ésta ha quedado en la posesion de mentir, como aquella en la de sufrir ofensas propias por intereses comunes, ahogando su justa venganza en el zelo de la paz y en la quietud de la Iglesia. Aprobó Francia el castigo del Palatino, debido á su rebelion, enviando una embaxada al Emperador, y otra en que exôrtaba al Gobernador de Milán para que defendiese la Religion católica en la Valtelina, segun las instrucciones que tenia del Rey; y despues publicó

maliciosamente en sus manifiestos que hacia la guerra á los Grisones para volver al Palatino sus Estados. Poco despues para engañarlos á todos ofreció al Elector de Saxonia que si desistia del ajuste con el Emperador, obligaria á la casa de Austria á que permitiese la libertad de conciencia en su imperio y estados hereditarios, y que haria declarar por electivo el Reyno de Bohemia, aclamando al Duque por Rey. Todas estas diligencias eran contrarias á la defensa de la Religion católica, y á la aprobacion que Francia habia dado para que se incorporase en la casa de Austria el Reyno de Bohemia.

Al Baxá de Buda quisieron persuadir los que llaman en Francia Caballeros enviados, á que emprendiese algunas plazas de Ungría, asegurando que tenian reducido al Gran Turco á que rompiese la tregua con el Emperador; pero escarmentado el Baxá con la desgracia de su antecesor, que por haberse dexado llevar de

semejantes promesas y de la codicia alteró la paz de Uugría y le cortaron la cabeza; ni se prestó á las impresiones fracesas, ni se quiso fiar de sus palabras artificiosas.

Igual infidelidad han hallado los polacos con los franceses. Un Enviado de estos fue á Polonia á tratar la paz con el sueco, para que desembarazado de los polacos entrase en la Pomeránia. Pues al mismo tiempo que este Enviado se ajustaba con Suecia, estaba otro en Moscovia, persuadiendo á su Duque que declarase viva guerra al de Polonia, como lo hizo á costa de su reputacion. Finalmente, en la injusta y bárbara prision del Príncipe Casimiro tendrá Polonia un perpetuo despertador de su enojo; si ya no se ha olvidado de las secretas diligencias de Fr. José de París, que vició con dinero á los ingenieros del Rey para facilitar al turco la toma de algunas plazas de Polonia.

Los moscovitas á voz en grito blasfeman de los engaños de Francia;

pues fiados en los socorros de gente y dinero que ofrecieron, rompieron la guerra con Polonia; y hallándose burlados y sin las asistencias prometidas, perdieron las provincias y el honor.

Una relacion de las cosas de Lorena dice, que estando sitiada la plaza de Nanci, y hallándose con todo lo necesario para muchos meses; el Cardenal Rocheliu quiso tomarla como acostumbran los franceses con engaños y traiciones, y escribió al Duque que saliese á hablarle, asegurándole de su venida y vuelta. El Consejo le persuadia que no se aventurase ni saliese de la plaza. Al fin salió, y le intimó el valido de Francia que le entregase la plaza. El Duque lo reusó y lo negó: alterado entonces el valido le amenazó que si no lo hacia le daria doscientas puñaladas; dixo esto en voz alta, y al instante se presentaron á su vista setenta coraceros. El Duque entonces altamente irritado exclamó: ¿así se guarda la fe pública? ¿así se engaña á un Príncipe como yo?

Hable bien, dixo el valido, y firme este papel. Temeroso el Duque y sin arbitrio ni defensa firmó el papel, y entró en Nanci el exército de Francia.

Los antiguos escritores han tenido por tan poco seguros á los franceses, que nos avisaron de su falta de fe, de ninguna verdad, y de su ligera condicion. *Nadie diga*, escribe Lucio Floro, *que los franceses son valientes; lo son sí en infidelidades, en trampas, en artificios y engaños; pues parece que han nacido para muerte de los hombres y destruccion de las ciudades* (1). Polibio, célebre historiador, dice que habiendo enviado Marco Curio Embaxadores á Francia, para rescatar los prisioneros, los mataron cruelísimamente los franceses, violando la fe y el derecho de las gentes (2). Son inumerables los sucesos y casos lastimosos que nos instruyen en la ninguna fe de los franceses, los

(1) Lucio Floro, lib. 3.
(2) Polibio, lib. 2.

que no refiero por no molestar, y porque para el fin que me he propuesto basta y aun sobra lo dicho. El que quiera mas puede ver á Polibio.

§. VIII.

Los franceses podrán decir que no estan obligados á guardar mas fe á los extrangeros que la que ellos se guardan entre sí. Del famoso Clodoveo, dice San Gregorio Turonense, frances de nacion, que obligó al hijo de Sigeberto, á que asesinase á su padre, como lo hizo; y despues le mató á él atravesándole una alabarda, y le usurpó el Reyno (1). Esto lo confirman las crueldades que executó contra Cararico, que habiéndole engañado, como tambien á sus hijos, luego que los tuvo en su poder, los hizo tonsurar; y para que no volviesen á crecer los cabellos, los cortó la

(1) Lib. 2. cap. 40.

cabeza, y se apoderó de su Reyno y tesoros (1). Llegó á tanto el furor de Clodoveo contra Regnacario y Ricerio, hermanos, Reyes de Cambray, y parientes suyos, que los mató abriéndoles las cabezas con un acha. Cometida esta exêcrable maldad, dice el mismo San Gregorio, que muertos todos sus parientes, exclamaba como arrepentido, diciendo: *Ay de mí que he quedado como peregrino entre extraños, y ya no tengo parientes que me puedan socorrer en una necesidad*: y testifica el mismo Santo, que solo se lamentaba de su muerte, para matar al pariente que pudiese salir de nuevo.

He referido por menor todos estos casos que por mayor se leen en sus historias, para que los españoles, los leales españoles abran los ojos, y ahora y siempre miren á los franceses con horror. Y siendo estos tan pérfidos y crueles, como hemos

(1) Marte frances, lib. 1. cap. 16.

visto; ¿qué extraño será que Napoleon haya congeniado con ellos? Con éste tiene la España y la Europa toda un enemigo mas; un maestro que da lecciones de maldad á los mismos malvados; de robar á los mismos ladrones, y de asesinar á los mismos asesinos. Sí, Napoleon, estas son tus virtudes, estas tus hazañas, y estos los heroycos hechos que tanto vociferas. Pero teme, teme á la España desarmada, sin exército y sin municiones, que ella sola acabará contigo, acabará con tus exércitos fantásticos, y con todos tus engaños, infidelidades, traiciones y mentiras. Dia llegará en que las demás naciones de Europa, á imitacion de nuestros amigos los ingleses, desbaratarán tus proyectos, y arruinarán un monstruo tan detestable y horroroso; un Emperador intruso, peor que el Rey iníquo: cuya sed de oro y de sangre humana es tan insaciable, que el consumirlo todo, y derramarla toda no la apagará. El sabe muy bien

que este es el único medio: sabe que el oro todo lo vence, y que con éste atraerá la gente mas villana. Ahora con el oro y tesoros inagotables, que ha robado á España, ganará bribones y pícaros, ganará él y todos sus generales, ganará soldados con la esperanza del robo y del saqueo de Iglesias, de Monasterios, de casas y depósitos públicos; y repartirá la presa entre todos, porque todos tienen su parte. Así tendrá la Europa una guerra perpetua, si no lo remedia la misma Europa.

Y tú, gloriosa España, tú, triunfante España, sigue como hasta aquí, y empieza de nuevo á derribar este coloso de Francia. Ya has derribado su exército tan formideble, has derribado á un tirano Murat, que huyó de miedo; á un Moncei, que no hallaba tierra que pisar para la fuga, á un Dupont, el Hércules de la guerra, como le llama Napoleon, que quedó abochornado, vencido y prisionero. Estos son, como los demás,

los Generales franceses tan cacareados: estos son los que infundian el terror por toda Europa, y los mismos que han quedado vencidos de unas tropas españolas indisciplinadas y desprevenidas, que entraron en batalla, dexando el arado y el azadon repentinamente para pelear con unos soldados veteranos y aguerridos, á quienes vergonzosamente derrotaron; y hubieran hecho lo mismo aunque se hubiera presentado toda la Francia. Derriba pues, vuelvo á decir, á este coloso de la Francia. Ella dice que no quiere mas indias que la España. Córtala su comercio, abandona sus gentes y sus modas tan escandalosas y tan contrarias á la pobreza de Jesucristo; no permitas que éntre en ella ni una cinta francesa; quémala primero que te adornes con ella, y con este medio verás como la cierras sus indias; verás como florecen las fábricas de España, y como decaen las de Francia; verás que ésta se va arruinando, y

España enriqueciendo. Perded pues, vosotros, leales y valientes españoles, y vosotras, amables españolas, ese furor infame de las modas, de ese luxo tan perverso, que os cuestan tantos sustos, y tantos quebraderos de cabeza, y dexad un género de vestido que causa tanto escándalo, y en el que se consumen sumas tan considerables. Las fábricas de España están perdidas por vosotras y por la pasion á las ropas extrangeras: dexadlas, vuelvo á decir, y abandonadlas: entonces vereis como reviven las nuestras con vuestra reforma; vereis que los españoles saben trabajar y trabajan con primor; lo que, como se lo he oido decir á los fabricantes y demás oficios muchas veces; no executaban, porque se llevaban toda la atencion las modas extrangeras. Si esta aversion á las modas y géneros franceses se llega á verificar en las damas de España, llegará el dia glorioso para ellas, y para todos nosotros, en el que podremos decir, y

diremos á boca llena : *gracias á las amables y bellas españolas , que nos han traido la verdadera felicidad.*

FIN.